

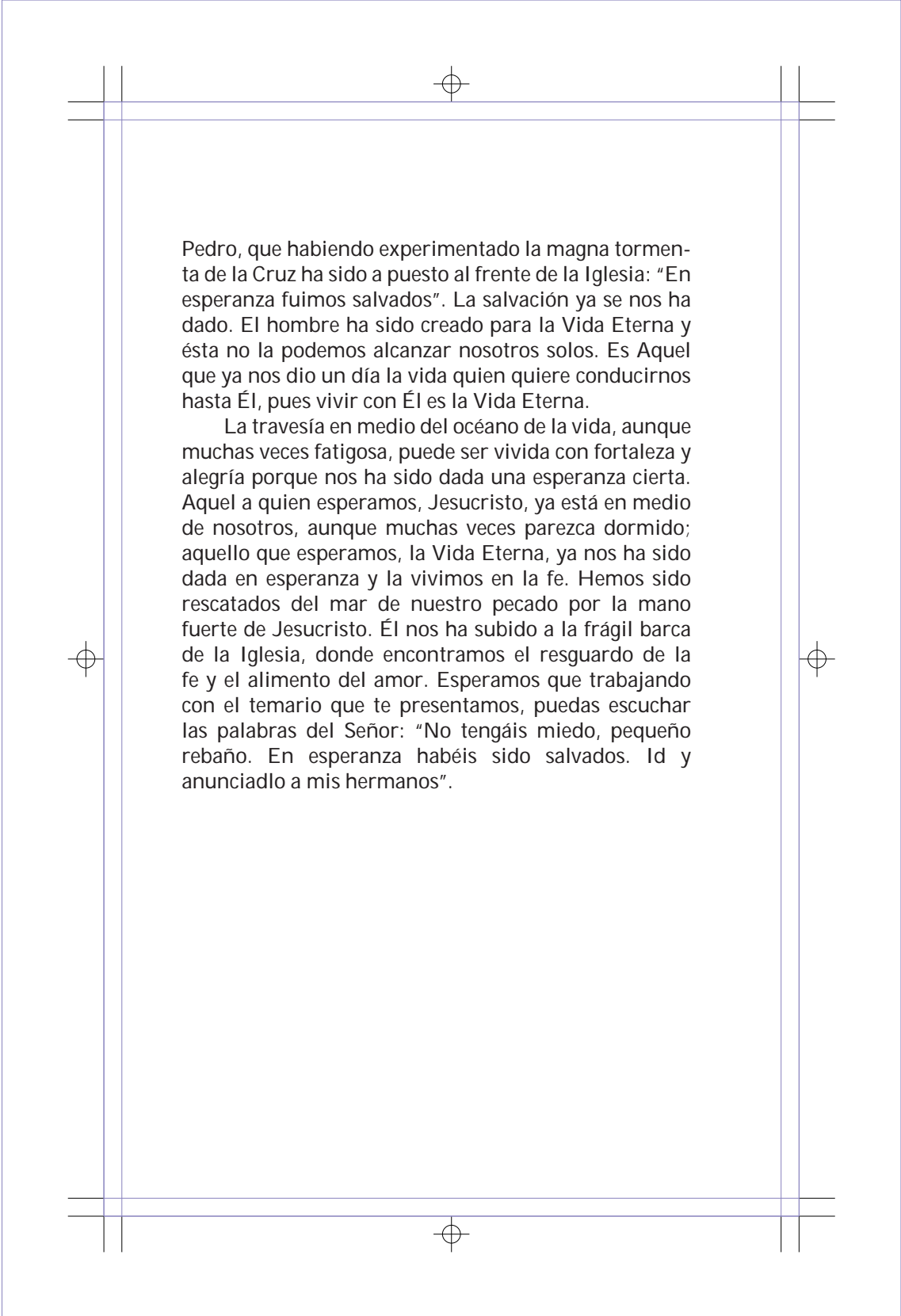
Motivaciones

La antigua imagen del ancla representando a Jesucristo, nos sugiere la roca firme que sostiene la barca de la Iglesia en medio de las tempestades.

¿Qué esperamos? La pregunta que guía a Benedicto XVI en la elaboración de la encíclica *Spe salvi* nos lleva a mirar cuál es el ancla de nuestra vida, en qué se sostienen nuestros afanes cotidianos.

Un día, cruzando el lago de Galilea, (cf. Mt 8,23-27) los discípulos fueron sorprendidos por una terrible tormenta. Se llenaron de miedo y se acercaron a Jesús que dormía plácidamente en medio de la barca: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" La respuesta de Jesús se dirige directamente a nosotros: "¿Por qué tenéis miedo?" Vemos cada día cómo nuestra fe se ve tambaleada porque distintos males amenazan continuamente la débil barca de la Iglesia. La tormenta de la enfermedad y del cansancio, de la incomprensión y de la división, del fracaso del amor propio y muchas otras, parecen golpear nuestra barca queriendo hundirla. Podemos preguntarnos, ¿de dónde viene esta tormenta? De fuera y de dentro de nosotros mismos.

Vivir en el mundo significa aceptar que nuestra vida se desarrolla en una creación que, habiendo sido hecha buena por Dios, está tocada por el misterio de la iniquidad que ha sido sembrado en el corazón de los hombres. Ese misterio, que golpea la barca y amenaza con hundirla, no es capaz, sin embargo, de perturbar el sueño de Jesús, que estaba dormido. También nosotros pensamos muchas veces, en medio de la tormenta, que Él duerme, olvidándose de nosotros y le dirigimos la misma invocación que los discípulos: ¡Señor, sálvanos que perecemos! La respuesta a esta invocación nos viene hoy, con palabras de S. Pablo, del sucesor de S.



Pedro, que habiendo experimentado la magna tormenta de la Cruz ha sido a puesto al frente de la Iglesia: “En esperanza fuimos salvados”. La salvación ya se nos ha dado. El hombre ha sido creado para la Vida Eterna y ésta no la podemos alcanzar nosotros solos. Es Aquel que ya nos dio un día la vida quien quiere conducirnos hasta Él, pues vivir con Él es la Vida Eterna.

La travesía en medio del océano de la vida, aunque muchas veces fatigosa, puede ser vivida con fortaleza y alegría porque nos ha sido dada una esperanza cierta. Aquel a quien esperamos, Jesucristo, ya está en medio de nosotros, aunque muchas veces parezca dormido; aquello que esperamos, la Vida Eterna, ya nos ha sido dada en esperanza y la vivimos en la fe. Hemos sido rescatados del mar de nuestro pecado por la mano fuerte de Jesucristo. Él nos ha subido a la frágil barca de la Iglesia, donde encontramos el resguardo de la fe y el alimento del amor. Esperamos que trabajando con el temario que te presentamos, puedas escuchar las palabras del Señor: “No tengáis miedo, pequeño rebaño. En esperanza habéis sido salvados. Id y anunciadlo a mis hermanos”.